

EL GÓLGOTA DE GRASS

Hermann Tertsch

La decepción ya la tuvimos hace años. Cuando dijo que en el Grupo 47 de escritores alemanes de la posguerra «gracias a Dios» no había habido filosemitas.

Estaba claro que no iba a tardar en aparecer. Y lo hizo ayer. Para lamentarse. Afligido. Sufriente. Perseguido. Por los judíos y sus compinches. Y en Jueves Santo.

El calvario del poeta que carga con la cruz por decir la verdad. Y su verdad es, dice, tan terriblemente peligrosa que él ya sabía que sufriría tormento por proclamarla. Y pese a ello, ahí está él, mitad héroe, mitad mártir. ¿O mesías total?

Para decir la verdad en nombre de todos. De todos los que callan porque tienen miedo a los judíos. A que les llamen antisemitas. Él se sacrifica por todos y la verdad según Grass es antisemita.

La escenificación de Günther Grass es tan consumada que entra de lleno en el lodo del mal gusto. Nos lanza el miércoles un poema con un pretexto falaz, trufado de sugerencias mentirosas y afirmaciones viles.

Utiliza todos los mecanismos clásicos del antisemitismo de manual haciendo de Israel una especie de fuerza del mal que amenaza a la paz del mundo.

Y lo hace con sus secretos y oscuros poderes, con ayuda alemana ¡qué perversión! para exterminar a un pueblo pacífico en Irán.

Y se olvida de que lo cierto es lo contrario. La única amenaza de exterminio total procede de Teherán, del fanatismo islamista, de forma reiterada, contra un estado democrático judío.

Pero además hace, como haría un perfecto antisemita, el juego siniestro del paralelismo de culpas, muy fino él, muy sensible. Para decirnos que los judíos están a punto de hacer algo gravísimo y con ayuda de los hijos de los nazis, contra otros pacíficos pueblos.

En esa sugerencia late en Grass incontrolable la aversión contra ese Estado con carácter único, contra el estado judío. Nunca habría alzado la voz contra un pequeño estado que se arma en autodefensa contra otro Estado infinitamente mayor que ha proclamado pública y oficialmente su intención de hacerlo desaparecer.

Grass nos sugiere que las víctimas están a punto de convertirse en los verdugos de un crimen. Sí, deja claro que el crimen nazi fue único. Pero ve una alianza entre víctimas y verdugos de antaño. Lo que los equipara.

Y él es tan sensible que nos avisa a todos. Y acepta su cruz. Porque todo lo tiene que solemnizar hasta la náusea.

Y su victimismo vuelve a ser total, como entonces cuando no pudo seguir aguantando el peso del engaño de toda una vida y nos confesó que había sido miembro de las Waffen SS.

Lo hizo en su libro de memorias «Pelando la cebolla». Pelando, pelando, cayó en que había callado más de medio siglo aquel pequeño detalle de su vida.

Medio siglo en el que había ejercido de implacable látigo moral contra un sinfín de compatriotas por sus diversas conexiones con el Tercer Reich, muchas de ellas leves, nimias y marginales.

Pero la suya, la militancia en una agrupación militar de elite de voluntarios, la Waffenss, célebre por sus terribles matanzas, ese detalle le había parecido una minucia que no hubo que mencionar.

Hasta que, la vejez más que la integridad, su necesidad de redención más que el amor a la verdad, le llevó a «pelar la cebolla».

No se preocupe el señor Grass que nadie le va a crucificar hoy ya. La decepción ya la tuvimos hace años.

Cuando a mí me decía en una entrevista del 10 de septiembre del 2006, tras la publicación de «pelando la cebolla» que en el Grupo 47 de escritores alemanes de la posguerra «gracias a Dios» no había habido filosemitas no entendí hasta qué punto estaba revelando lo que Henryk Broder llama «el problema de Grass con los judíos». Hoy está claro.